

abundante en profundas consideraciones, lleno de grandeza cristiana, y que revela mucho conocimiento de la época, despues de haber desarrollado á la vista de la inmensa reunion (1) los antiguos títulos de gloria de Génova la Soberbia, coronó con la imágen de Cristóbal Colon ese monumento de brillantes recuerdos. Implorando las bendiciones del cielo sobre este progreso de la industria que acerca los hombres y los continentes, evocaba el ilustre arzobispo la memoria del navegante genoves, del misionero del progreso, que fué el primero en plantar en el Nuevo Mundo la Cruz, simbolo inmortal de salvacion y de la civilizacion de los pueblos.

§ IV.

De esta manera, desde los primeros dias del siglo décimo nono, hasta más acá de su primera mitad, una serie ascendente de publicaciones mucho más acordes, á medida que se aleja la época del Descubrimiento, marca el interes progresivo que va unido á la memoria de Colon. Esta sucesion no interrumpida de trabajos y testimonios sobre el mismo asunto, constancia de que no ofrece nuestra época sino otro ejemplo, indica bastante cuán léjos está de haber agotado la atencion este magnífico argumento histórico.

Pero, esta insistencia de la curiosidad pública descubre implícitamente una necesidad no satisfecha, é indica una nueva espectacion. Con razon se desean nuevos pormenores y se piden aclaraciones nuevas. El instinto de los pueblos no se equivoca; porque, lo aseguramos una vez más, despues de esos homenajes de las artes, esos trabajos de los eruditos, esas afirmaciones de los historiadores, Cristóbal Colon es en nuestra época ménos conocido que un siglo atras. Entónces, á lo ménos, si le desconocian no se jactaban de conocerle á fondo. La incertitud de la opinion era cosa notoria; y sabíase, que no se sabia, ó que se sabia mal, lo que á menudo es peor. Hoy todo el mundo tiene, con apariencia de fundamento, la pretension de conocer y juzgar á Colon. La opinion se ha formado en la apreciacion de escritores cuyos nombres acreditados protegen el error del vulgo. No se ha oido más que una

(1) Durante varios dias consecutivos, invadida Génova de una multitud elegante y de extranjeros curiosos, prolongó el bullicio de sus festejos. Su Exposicion de artes y de industria coincidia con esta inauguracion real. Han pasado solamente algunos meses, y ya no podemos recordarlo sin traspasarnos el corazon la tristeza. La reina María Adelaida era el más bello adorno de aquellas fiestas por el supremo esplendor de sus gracias y la fama de sus virtudes. El noble duque de Génova, cuyo saber igual á su valor no tenia más rival que su modestia, atraia allí todas las miradas, al lado de su valeroso hermano, el rey Víctor Manuel... Esa grandeza, esos encantos, todos esos prestigios de la sangre y de la gerarquía se han sepultado debajo de una losa funeraria en cortos meses!... En nuestro dolor sólo nos queda la memoria de sus virtudes.

voz, la de una camarilla sabia y ambiciosa que se ha posesionado de la historia de Cristóbal Colon, y ha hecho propiedad suya su personalidad y su memoria.

Ha llegado finalmente la época de la rehabilitacion histórica. Diremos toda la verdad.

Esta camarilla se compone únicamente de cuatro escritores. De los cuatro, uno solo ha escrito la vida de Colon segun la forma regular de la historia; dos no han hecho sino disertaciones, anotaciones é introducciones; el último no ha redactado ni memoria, ni biografía, se ha limitado á un comentario; pero la autoridad de su nombre europeo ha sancionado los errores emitidos por los otros tres, agravándolos con todo el peso de los suyos.

Lleguemos al colmo de nuestra franqueza.

Estos cuatro escritores, cuya asociacion tácita y retrospectiva ha emprendido el monopolio de la historia de Colon, desnaturalizado su persona y su papel providencial, son: el genoves Giambattista Spotorno, el americano Washington Irving, el académico español don Martín Fernández de Navarrete y el ilustre prusiano Alejandro de Humboldt.

Spotorno escribió por orden del cuerpo decurional de Génova; Navarrete por orden de la corte de España; Washington Irving para ganar la corona literaria que presagiaban sus precedentes triunfos; Humboldt para marcar con un sello inmortal su viaje á las regiones equinocciales.

Spotorno y Navarrete no hicieron más que disertar y reunir laboriosamente materiales, con los que los señores de Humboldt y Washington Irving compusieron, éste, su *Historia de la vida y viajes de Cristóbal Colon*; aquél sus comentarios bajo el título de *Exámen critico de la historia de la geografia del nuevo Continente*. Estos cuatro escritores se engañaron, y nos engañaron. El carácter oficial de los dos primeros, y el nombre ilustre de los otros dos, revistieron sus trabajos de una autoridad imperiosa; é impusieron sus errores á nuestros contemporáneos.

¡Cosa particular! ningun europeo ha narrado nunca la vida de Cristóbal Colon; y, cosa no ménos rara, ningun escritor católico ha dado la biografía completa del que llevó la Cruz á aquellas nuevas regiones. Conforme exactamente lo ha observado el célebre padre Ventura de Ráulica, miéntras que la historia de Bossi cuenta apenas 43 páginas (1), la de Washington Irving se compone de cuatro tomos en 8.º; los comentarios de Humboldt comprenden cinco tomos en 8.º. Pues bien, Washington Irving y de Humboldt, únicos escritores que han tratado con alguna extension esta historia, son ambos protestantes. Concíbese fácilmente que al traves de las prevencciones de secta no hayan podido juzgar imparcialmente el espíritu y actos del

(1) La edicion italiana, impresa en Milan en casa de Ferrario, no contiene sino 43 páginas; lo restante del tomo se compone de notas y disertaciones.

hombre que personificaba en sí el más ardiente catolicismo. La historia de este siervo de Dios ha sido apreciada exclusivamente por dos hombres opuestos á su creencia, á las impresiones de su corazón, á los deseos de su alma. La biografía de Colon ha quedado en manos de sus enemigos naturales. Nos la han presentado tal como ellos la hicieron, lejos de nosotros, libremente, sin fiscalización.

El éxito inmenso que adquirió la obra de Washington Irving y el gran nombre de Humboldt, intimidando á muchos, dificultaron todo ensayo de reparación y rectificación. Las aserciones salidas de su pluma protestante parecieron el juicio definitivo de la historia. De veinte años acá, los académicos, las sociedades de sabios, las biografías, las revistas, las enciclopedias repiten con respeto los hechos y opiniones tomándolas de estos dos escritores, y no se ha impreso en todo el mundo ni una sola línea acerca de Colon, sin que fuera dócilmente copiada de uno ú otro de esos dos orígenes; de donde se sigue que el criterio del protestantismo es el único por el que se ha medido la obra más vasta y la más evidentemente sobrehumana del Genio católico. Siguese de ahí también que la prevención, la enemistad y la hostilidad contra la Iglesia católica, tienen el increíble privilegio de enseñar al Catolicismo la vida de un hombre que es una de sus más brillantes glorias.

¿No es tan extraña como irracional semejante anomalía? Aún antes de todo exámen no es evidente que la prevención ha debido deslizarse en la apreciación que hace el protestantismo del heraldo de la Iglesia católica, enviado por su inspiración á los habitantes de las regiones desconocidas? La escuela protestante no podría comprender el carácter y la misión de Colon. Al obstáculo procedente de las creencias religiosas, se agrega otro, derivado de su sistema de composición histórica. Las biografías de Colon se han escrito con un orden de ideas preconcebidas, y únicamente según los datos de la filosofía humana. La escuela protestante no atribuye al acontecimiento que ha doblado el mundo un carácter sobrenatural; no reconoce en él un día señalado por la sabiduría divina, y el cumplimiento de una voluntad del Altísimo. Según sus adeptos, este descubrimiento, á falta de Colon, hubiera seguido naturalmente al progreso de las ciencias náuticas. No pueden resolverse á ver en la invención del Nuevo Mundo una intervención providencial. ¿Cómo otorgarían un auxiliar divino á la fe de Colon? Prefieren atribuir al compás y al astrolabio lo que niegan á la bondad divina. Admiten los milagros del talento humano, y desmienten el favor celestial. Reúsan á Dios lo que conceden al hombre. Y mientras que Cristóbal Colon, después de haber tantas veces experimentado esta sobrenatural protección, la reconocía con gratitud, la confesaba hasta en sus relaciones oficiales con el gobierno, y se consideraba como un simple instrumento de las órdenes de la Providencia; ellos, al narrar su historia, se obstinan en negar esta eficaz asistencia. Crean conocer mejor á Colon que no se conocía éste á sí propio.

En virtud de su teoría, que quiere que el fondo de la humanidad sea idéntico en

todas partes, han rechazado el carácter superior del hombre escogido por el cielo, y despojado á Colon de su grandeza espiritual, á fin de hacerle igual á los demás hombres. Se han dedicado á empequeñecerle, á reducirle á su propia talla. Le han engalanado con los sentimientos que ellos profesan, le han prestado las miras que á ellos les guían, los instintos que ellos tienen, juzgándole según el corazón que en sus propios pechos alienta. Por temor de que sobrevivieran en la majestad de sus facciones algunos rasgos de su grandeza natural, le han hallado no sólo imperfecciones, sino defectos, y hasta vicios. No obstante, su indulgencia ha intentado disculparle compasivamente, comparándole con los héroes de la antigüedad pagana, cuya grandeza no les eximió de pagar tributo á la flaqueza humana. So pretexto de erudición, imparcialidad y crítica histórica, estos escritores han desnaturalizado los hechos de la vida de Colon.

Después de haber desenterrado todas las acusaciones repetidas contra él durante su vida, supieron agravarlas con una calumnia cuya idea no se hubiera ocurrido á sus contemporáneos. En sus más envenenadas persecuciones, jamás enemigo alguno de Colon atacó su pureza de costumbres. El hálito del odio no había osado empañar aquel espejo de castidad. Semejante impostura quedaba reservada para nuestra época.

¿No es ocasión ahora de disipar esta calumnia, concebida en el Piamonte, nacida en Génova, alimentada en España, y adoptada con afán por el protestantismo, para oponerla á la grandeza católica del hombre providencialmente encargado de levantar el velo que, desde seis mil años antes, nos ocultaba la totalidad de la obra terrestre? Tranquilícese la piedad de los fieles; no teman los admiradores de Colon; el heraldo de la Cruz fué siempre irreprochable. Y si participó de nuestras imperfecciones, y casi involuntariamente de nuestras faltas, á lo ménos no olvidó jamás á cuánto le obligaba la honra que se había dignado dispensarle la Majestad Divina. Sin embargo, en honor de aquellos que tienen en tanta estima la integridad de la historia como la gloria de Colon, antes de exponer la vida de este gran siervo de Dios, debemos desenmascarar en pocas líneas la calumnia que es la base de las diversas imputaciones dirigidas contra él. Se verá cuán ligeramente hombres graves han precipitado su censura, y han acogido el embuste.

Vamos á explicar á nuestros lectores de qué manera se presentó descaradamente esta calumnia, se aceptó, acreditó é impuso á la Europa sabia.

El año 1805, Galeani Napione, talento erudito pero quisquilloso y terco, que contra la evidencia se obstinaba en hacer nacer á Colon en el castillo de Cuccaro, en el Montferrato, registrando el voluminoso fárrago de los pleitos sucesivamente entablados en España, para la herencia de los descendientes de Colon, creyó hallar un rayo de luz histórica en una memoria redactada á favor de un cierto Diego Colon y Larriátegui, cuya demanda fué, por otra parte, denegada. El procurador

de la parte necesitaba, para su causa, atacar retrospectivamente, al través de los siglos, la legitimidad del segundo hijo de Colon, don Fernando. Como esta prueba de ilegitimidad no resultaba de ningun documento ostensible, de ninguna pieza de los pleitos anteriores ó pendientes, el astuto procurador imaginó inferirla, no de una expresion, que no hallaba ninguna á su gusto, sino al contrario de la falta de una palabra que él suponía necesaria, aunque ni siquiera era útil. Cristóbal Colon, en su testamento, encargaba á su heredero el pago de una pensión á Beatriz Enríquez, madre de su segundo hijo, don Fernando. Esto no podía ser más claro; pero el testador no había antepuesto el título de esposa al nombre de su mujer. El abogado de la parte infería de ahí la falta del lazo matrimonial y, por consiguiente, la ilegitimidad de Fernando Colon. ¿Habrá quién lo crea? ¡Esta lastimosa argucia pareció una aclaración á Napione! Arregló sobre esto toda una serie de racionios de igual valor, y presentó como un descubrimiento hecho por él, acerca de la vida civil de Colon, esta miserable inducción debida al confuso escrito del pobre licenciado Luis de la Palma y Freytas. Y no fué esto sólo; al mismo precio obtuvo Napione los honores de nuevos y ofensivos datos.

En 1809, el anticuario y bibliógrafo Francisco Cancellieri, hábil en recoger y clasificar los hechos, pero falto de lucidez filosófica, repitió sin examinarla la supuesta inducción de Napione, en la que, preciso es decirlo, nadie fijó de pronto la atención. Hasta entonces aquella temeraria afirmación, aventurada en una obra de mediana importancia, no era peligrosa en manera alguna para la fama de Cristóbal Colon; pero como según el refrán: «no hay peor cuña que la de la misma madera,» algunos años después, un genoves, antiguo barnabita, el padre Spotorno, impulsado por un vivo resentimiento contra el segundo hijo de Colon, don Fernando, á quien acusaba de haber sembrado adrede dudas acerca del origen y lugar del nacimiento de su padre, acogió con ardor esa imputación de bastardía que favorecía su animosidad.

Ni la prueba contraria que resulta por dos motivos de la afirmación y del silencio de los escritores españoles, ni la demostración tan lógica de los hechos, ni el carácter casi sacerdotal del mensajero de la Cruz, pudieron poner coto á su prevención. Érale necesaria á toda costa esta mancha de origen, para arrojar á su vez la duda acerca de la sinceridad del historiador más cercano y mejor informado de Cristóbal Colon. En todos sus escritos ha reproducido Spotorno con una satisfacción odiosa las supuestas ilícitas relaciones de Colon con Beatriz Enríquez, y renovado su acusación de ilegitimidad contra don Fernando. No satisfecho con haberla incluido en 1819 en su libro *Del origen y patria de Cristóbal Colon*, la reprodujo orgullosamente en su historia literaria de la Liguria, dándola empero como fruto de su propia sagacidad. De la misma manera que Napione se había engalanado con una argucia remotamente usurpada á un procurador español puesto

en apuros; Spotorno, á fuerza de repetir el plagio de Napione, acabó por creer personalmente esa miserable calumnia cuya verdadera procedencia ignoraba.

Para los lectores frívolos este supuesto descubrimiento de la pasión oculta de Colon, creó á Spotorno una reputación de crítico erudito, y le valió en 1823 la honra de que el municipio de Génova le encargara la publicación de documentos relativos á Colon, cuya colección iba á formar el *Codice Colombo Americano*. Se le confió el cuidado de inaugurar el tomo con una noticia acerca del héroe genoves. No podía Spotorno dejar escapar la ocasión que se le presentaba tan oportuna para renovar su imputación de bastardía. Afirmó pues contra el padre la acusación de amores misteriosos, á fin de menoscabar la honra del hijo. La posición oficial del padre Spotorno logró para su noticia tanto peso como publicidad, siendo divulgada por él la idea de la flaqueza de nuestro héroe.

Precisamente en aquella época continuaba don Martín Fernández de Navarrete la colección de los viajes marítimos de los españoles, emprendida por el sabio don Juan Bautista Muñoz, por orden del rey Carlos IV. Escritor fácil Navarrete, aunque sin originalidad; dotado de especial erudición, pero falto de aquel discernimiento que es propio de un talento profundo, colmado de títulos y honores, llevaba hasta á la adoración su respeto á la majestad real. Irritado por la franqueza de Bossi, y sobre todo por la de su traductor francés, que recordó sucintamente la ingratitud de Fernando el Católico para con Cristóbal Colon, se empeñó en disculpar al poco agradecido monarca, calumniando al más generoso de los hombres, y la venganza guió su pluma. En cuantas investigaciones había practicado no había Navarrete hallado nada que hiciera sospechar que fuesen ilegítimas las relaciones de Colon con Beatriz Enríquez. Todas sus anotaciones mostraban á Fernando Colon como hijo legítimo del Almirante del Océano; pero la calumnia de Spotorno le dió una nueva arma.

Desde aquel instante se levanta pomposamente todo un sistema de acusación. Colon sale furtivamente de Portugal para dejar burlados á sus acreedores. Si ha dado muestras de muchísima paciencia en los retardos que la corte de España opone á su proyecto de descubrimientos, esta constancia, esta fortaleza de alma que se atribuían á la firmeza de su fé católica, se explica por medio de una pasión secreta: Colon amaba perdidamente á una hermosa de Córdoba, á quien había hecho madre. Por consiguiente, las apariencias religiosas no eran en él más que una habilidad de conducta; conformábase exteriormente á los hábitos de la corte, muy rígida entonces en las costumbres. Una vez admitidas la falta de delicadeza y la hipocresía, continuó Navarrete ventajosamente sus acusaciones: muestra la insaciable codicia de Colon y aún parece admitir algunos actos de deslealtad y malversación. Violentando y truncando la relación de Oviedo, ese antiguo enemigo de Colon, supone crímenes no calificados, faltas ocultas, por las que se intentaba